

CAPITULO VIII

Conclusión general: La filosofía de la experiencia.

LA filosofía ha sido, principalmente, hasta ahora, para emplear una expresión a la moda, un sistema de *valores*. Ha tratado de jerarquizar las cosas y de legislar sobre el bien, lo verdadero y lo bello en nombre de esta jerarquía. De modo general puede decirse que nunca concebía los hechos generales sobre un *mismo* plano y de una manera imparcial y objetiva, sino que, por el contrario, los colocaba sobre planos diferentes en nombre de preferencias individuales completamente subjetivas o de prejuicios colectivos muy humanos, pero por esto mismo igualmente subjetivos.

Toda la filosofía griega y la escolástica, heredera del aristotelismo, nos ofrece el tipo mismo de esas escalas con arreglo a las cuales se mide el valor de las cosas. Y la filosofía del Renacimiento y toda la filosofía moderna, a pesar de los esfuerzos aislados de un Spinoza, se ha cristalizado en el mismo molde. Así, dejando a un lado el sistema de Spinoza porque es un esfuerzo admirable para concebir las cosas desde un punto de vista todo lo

objetivo y poco humano posible, siempre encontramos, desde los comienzos de la reflexión filosófica helénica, las dos o tres orientaciones análogas y generales del espíritu metafísico. Son éstas esas orientaciones con arreglo a las cuales clasifican aún de ordinario todos los manuales los sistemas de filosofía bajo los nombres de materialismo, espiritualismo e idealismo.

En el fondo—de considerar las cosas desde el punto de vista general en que nos colocamos aquí, es decir, desde el punto de vista de “la escala particular de los valores” que nos ofrece cada una de estas orientaciones—como el espiritualismo y el idealismo guardan a menudo las más estrechas analogías, puede decirse que la metafísica nos ha puesto siempre en presencia de dos grandes escalas de valores: la escala materialista y la escala idealista-espiritualista. Estas dos escalas son antagónicas y cada una de ellas viene a ser la imagen invertida de la otra.

En la escala idealista y espiritualista es el espíritu el que ocupa la cumbre de la escala y el que su sentido y su valor a todo lo restante, sea que represente con el idealismo la realidad única, siendo creadas o por él o no existiendo sino por él las apariencias materiales, sea que ofrezca con el espiritualismo, por encima de la realidad material que no es más que su sostén o su ambiente, la realidad superior en la que la naturaleza se acaba y por la cual se explica. En la escala materialista, por el contrario, todo parte de la materia y todo vuelve a ella. Ella es la creadora eterna e inmutable de todos los espectáculos del universo, incluso

del espectáculo de la vida y de la conciencia. La vida no es más que una especie particular—entre una infinidad de ellas—de las combinaciones que el azar ciego hace brotar de la materia original. La conciencia, el pensamiento, no son sino fenómenos de la vida; el cerebro los segrega, como segrega el hígado la bilis. En el fondo, todos los fenómenos que podemos constatar, el ámbar que se electriza, el hierro que se caldea, el vapor que se condensa, el líquido que se solidifica, la luz o el sonido, la vida o el pensamiento, todos ellos no son sino las apariencias ornadas por las diversas combinaciones de los torbellinos de un flúido homogéneo que llena todo el espacio o de los átomos que se entrechocan en el vacío infinito.

Se puede, creo yo, representar esquemáticamente la manera como razonan el espiritualismo y el idealismo poco más o menos así: no se concibe el movimiento sin una fuerza que anime lo móvil. La fuerza sólo es inteligible si se la relaciona con el esfuerzo que sentimos dentro de nosotros, en el movimiento muscular, en la tendencia vital; el esfuerzo supone, pues, la vida. Pero el esfuerzo vital, a su vez, tiende siempre a un fin; impregnado de finalidad, sólo es concebible por la conciencia que le guía. El pensamiento, o por lo menos algo perteneciente al orden del espíritu inmaterial y libre, es, pues, necesario a la vez como principio supremo de explicación y como principio esencial de existencia y de creación. Estableced el espíritu y todo se iluminará en la naturaleza. Suprimidle y la naturaleza se torna incomprensible. Se disipa en la nada.

El materialismo pretende, por el contrario—si se me permite emplear el mismo procedimiento sumario—, que cada experiencia que nos explica un hecho psicológico reduce éste a hechos orgánicos.

La materia orgánica se retrotrae paso a paso a la materia inorgánica. La fuerza no es otra cosa que el impulso del choque: es un movimiento que se compone de otro. En el fondo de las cosas no encontramos, pues, nada más que el movimiento bruto y ciego.

Y ved aquí que pronto hará tres mil años que estos sistemas de valor son recogidos a cada generación, desarrollados, precisados a veces, oscurecidos con gran frecuencia por las sutilezas de un pensamiento que nunca quiere confesarse vencido. Y nos encontramos poco más o menos tan avanzados como al principio.

¿No será entonces que las cuestiones que debaten estos sistemas contradictorios son ociosas y están mal planteadas? Querer establecer entre las cosas una jerarquía explicativa ¿no sería un prejuicio completamente antropomórfico? ¿Y no procedería mucho más este prejuicio de las aspiraciones del sentimiento individual que de la discusión racional? En el fondo, si estos sistemas se establecen y se oponen es por fines muy distintos al conocimiento objetivo, por preocupaciones que no tienen nada que ver con la investigación imparcial de la verdad. Puesto que no provienen de una discusión positiva, no los discutamos.

O yo me engaño mucho o es a esta conclusión a lo que tiende la filosofía contemporánea en sus

corrientes vivas y fuertes que son el positivismo y el pragmatismo (1).

La ciencia nos enseña a dejar todos los fenómenos en el mismo plano. Las cuestiones de valor, en cuanto a su examen por la ciencia, deben estudiarse históricamente de una manera objetiva e imparcial. Como tales cuestiones de valor, deben permanecer exclusivamente en el terreno de la práctica y de las preferencias individuales. La ciencia establece relaciones entre las cosas; ve éstas de una manera continua y unilineal, intelectual y no sentimental. Las explica, y no tiene que dar rango ni construir escala.

Ahora bien; todo lo que precede parece demostrar no sólo que la filosofía contemporánea se aproxima cada vez más a la ciencia y le concede la mayor importancia, sino también que se puede llegar a una concepción científica de la filosofía: ésta no sería sino el complemento necesario de la ciencia. Abandonando los poemas metafísicos de la imaginación individual, se convertiría en la colaboración colectiva de los sabios, los historiadores y los críticos.

Todos los hechos provienen de la explicación científica; ninguno de ellos puede ser conocido de una manera objetiva, es decir, *verdaderamente*, si no es con ayuda de las disciplinas científicas. La ciencia es evidentemente muy restringida y muy super-

(1) W. James insiste para definir el pragmatismo en la idea de que es un sistema que se aparta de las explicaciones *a priori*, de la dialéctica y de la metafísica, para atender siempre a los hechos y la experiencia.

ficial aún, pero sólo ella puede ser cultivada por el que quiere conocer; fuera de ella toda especulación es estéril.

¿Está, pues, condenada la filosofía? ¿No es más que una palabra, vacía de sentido y contenido? Gran número de sabios lo hubieran afirmado hace algunos años. A decir verdad, si por filosofía se entiende esas especulaciones que buscan, más allá o más acá de la experiencia, el origen, el fin y la naturaleza de las cosas, los fundamentos inútiles de la ciencia o de la acción duplicando todo lo que se conoce directamente con un incognoscible encargado de justificarlo; si, en una palabra, se entiende por filosofía las antiguas dialécticas, racionalistas o escépticas, idealistas o materialistas, individualistas o panteístas, esos sabios parecen tener la razón de su parte. Todas estas metafísicas ya no tienen más que un interés estético, que por lo demás puede ser apasionante para aquellos que las gusten y que consiste en las fantasías individuales de espíritus elevados y poco prácticos.

Sólo que a medida que esta filosofía encontraba menos adeptos los sabios iban creando en cierto modo otra, y desde hace algunos años el hecho más saliente en el dominio del conocimiento reflexivo ha sido la aparición de un gran número de filosofías bosquejadas por los sabios con ocasión de su ciencia, junto a ella y para ella. Ciertamente es que ya había habido sabios filósofos. Casi todos los grandes sistemas de filosofía son obra suya. Pero estos sistemas se apartaban notablemente por sus métodos y sus conclusiones de los trabajos científicos de sus autores. Los sabios contemporáneos,

por el contrario, en vez de buscar una concepción general del mundo tratan simplemente de completar y esclarecer las adquisiciones científicas mediante hipótesis parciales mucho más precisas y estrechamente ligadas a estas adquisiciones.

De tal suerte, que de otro modo, pero para llegar a resultados aproximadamente idénticos, se justifica la idea de Comte: organizase colectivamente una sección del trabajo científico que tiene por objeto las generalidades científicas y la síntesis de las ciencias.

La forma como se lleva a cabo el trabajo científico esclarece y precisa esta concepción de la filosofía. Las ciencias se componen, a la vez, de un conjunto de resultados experimentales ciertos y de teorías de conjunto que siempre son por algún lado hipótesis. Pero estas hipótesis son indispensables a la ciencia, pues anticipándose a la experiencia futura y a lo desconocido, han logrado los progresos de la ciencia. Ellas sistematizan todo lo conocido de modo que proyecte su luz sobre lo no conocido. ¿Por qué la filosofía no habría de ser del mismo modo una síntesis general de todos los conocimientos científicos, un esfuerzo por lo representado, lo no conocido en función de lo conocido, con el fin de ayudar a su descubrimiento y mantener al espíritu científico en su verdadera orientación? Esta filosofía no diferiría de la ciencia sino por la mayor generalidad de la hipótesis; la teoría filosófica, en vez de ser la teoría de un grupo de hechos aislados y bien delimitados, sería la teoría del conjunto de los hechos que la naturaleza nos presenta, el sistema de la naturaleza, como se di-

ría en el siglo XVIII, o por lo menos una continuación directa a una teoría de este género.

El punto de vista filosófico no se opone al punto de vista científico: se yuxtaponen a él. Incluso cuando el sabio hace cuanto puede por alcanzar lo positivo es filósofo, ya que lo positivo es de por sí una filosofía. Y hasta cuando el sabio logra ser positivo es justamente cuando es filósofo de verdad, pues el esfuerzo hacia lo positivo, la voluntad de ser positivo, la creencia en la necesidad de este esfuerzo, ¿no son más aún que una filosofía, la filosofía misma? Los grandes filósofos, que han sido casi siempre los grandes sabios, y los grandes sabios, que no han podido evitar el ser filósofos, no han jugueteado nunca con conceptos. Siempre han creído alcanzar un conocimiento *positivo* de las cosas.

La ciencia no debe diferenciarse de la filosofía ni por el objeto (es el mismo: dar cuenta de la experiencia) ni por el método (debe ser el mismo, ya que la disciplina científica es, por definición, la única disciplina mediante la cual pueda satisfacerse nuestra inteligencia). No; no existe entre ellas nada más que una diferencia de puntos de vista, y lo que distingue, lo que únicamente debe distinguir el punto de vista científico del punto de vista filosófico es que el último es mucho más general y se presenta siempre con cierto carácter de *aventura*. No se cuida de una precisión escrupulosa y de un control riguroso. Quiere ver de conjunto, clasificar en un conjunto, ligar a un conjunto. Sus aspiraciones hacia la generalización y la aventura le arrastran lejos del hecho y lejos de lo comprobable. Ya

no se trata de decir modestamente lo que la experiencia revela o de limitarse a hipótesis que costean la experiencia, que parten de ella y a ella fornan. Lánzase uno audazmente en lo no conocido, sin conservar puntos de apoyo constantes. Este salto en lo no conocido caracteriza el espíritu filosófico, oponiéndole al espíritu científico.

Si esta característica es exacta, se ve en seguida de qué ayuda es para la imaginación científica, al acecho de descubrimientos, un sistema consciente o inconsciente de filosofía. Ora que el sabio quiera extender nuestro conocimiento de los hechos, ora que quiera ordenar nuestros conocimientos en una sistematización natural y lógica, su espíritu, consciente o inconscientemente, de modo explícito o latente, será guiado por ideas filosóficas. Estas son el resorte de su acción y de su obra. Y la crítica siempre podrá desentrañar en la obra de un sabio, por oculta que pueda estar y aunque sólo fuera por los objetos que han solicitado más especialmente sus investigaciones, la huella de ideas filosóficas. Una vez más no quedará nada de ellas en la ciencia impersonal que estas investigaciones van a aumentar y a servir; una vez más, si subsisten huellas suyas en la obra del individuo, pronto se reabsorberán en la impersonalidad del saber; pero en esta obra individual, en la investigación viva y concreta, en las reflexiones que sugiere a su autor, se desentraña un espíritu filosófico. Precisamente los sabios de esta época han restablecido en toda su amplitud esta unión necesaria del espíritu científico y el espíritu filosófico. Lejos de disimular este último, se han puesto como si fuera una co-

queería a citarlo, a profundizarlo. Nos han propuesto sus sistemas y éstos resultan bastante más interesantes y más importantes, en general, que los de muchos filósofos profesionales.

Y es que, en efecto, la curiosidad humana no se deja limitar ni mutilar. Si la prudencia induce en los resultados que uno se propone a clasificar las cuestiones y a no mezclar nunca ciencia y filosofía, por el contrario, en la realidad psicológica que produce los descubrimientos y las puntualizaciones científicas o los sistemas filosóficos estos diferentes puntos de vista se mezclan íntima y útilmente.

Pues las especulaciones muy generales y muy hipotéticas, que se alejan de los hechos y proceden, gracias a las analogías, por una prolongación racional de la experiencia y no por una dialéctica superior a la experiencia, han proporcionado siempre a las ciencias el tesoro latente en que encontraban sus inspiraciones inventivas a la vez que perfeccionaban sus métodos y las grandes apreciaciones, sin las cuales no serían ciencias, sino simples recopilaciones empíricas.

Todavía, desde otro punto de vista, es útil la filosofía, o mejor que útil necesaria a la ciencia. Ahí está la historia para probarnos que cuando la ciencia se aleja demasiado de las preocupaciones humanas más generales que constituyen el fondo de la mayoría de los problemas filosóficos, cuando por fuerza o por exceso de prudencia deja a otras especulaciones o a las creencias tradicionales el cuidado de responder a estas preocupaciones, entonces vegeta o peligra. Es, pues, preciso, y abso-

lutamente preciso, que se defiendan las conquistas de la ciencia y el espíritu científico, si es necesario, a pesar suyo, contra el exceso de presunción o contra la aventura cuando rebasan sus derechos.

Porque la tenacidad abusiva—que nos ofrecen, por ejemplo, ciertas generalizaciones materialistas—no es menos peligrosa para la ciencia cerca de los espíritus sanos y rectos, que lo serían su timidez y su espíritu tímido cerca del vulgo. Una de las tareas esenciales de la filosofía es, pues, mantener la atmósfera general necesaria al desarrollo de la ciencia, al mantenimiento normal y a la difusión del espíritu científico. La filosofía deberá mostrar cómo y en qué medida responde o podrá responder la ciencia a las preocupaciones muy humanas que han contenido siempre el atractivo de los sistemas filosóficos o de las creencias religiosas, y por qué no puede contestarse a ciertas cuestiones, debido a que estas cuestiones están mal planteadas o carecen en realidad de existencia. La filosofía tendrá que hacer resaltar cómo y por qué solamente la disciplina científica es capaz de satisfacer nuestro espíritu cuando éste no se preocupa sino de buscar la verdad.

Pero, por supuesto, la filosofía sólo podrá llenar la doble misión a que nos parece destinada—coordinar los esfuerzos de los sabios y ayudar al descubrimiento mediante hipótesis inspiradoras, por un lado, y por otro, crear la atmósfera necesaria al progreso de la ciencia—si trata tan sólo de ser la síntesis organizadora de las ciencias, vistas y comprendidas como los sabios las ven y las compren-

den; en una palabra, una síntesis hecha con un espíritu exclusivamente científico.

Y es consolador ver, en menor grado, ciertamente, en el pragmatismo, pero sin embargo, en un grado muy elevado todavía, que las investigaciones filosóficas actuales, rompiendo resueltamente con los yerros metafísicos del período precedente, están informadas muy concienzudamente de los trabajos científicos, tratan de ponerse de acuerdo con ellos y sacan de ellos sus inspiraciones.

Hoy se forma incontestablemente un sentimiento científico muy vivo y muy claro, que en unos se desarrolla a la par que el sentimiento moral y religioso, y como en un plano distinto en el que es imposible el choque y que en otros ha reemplazado a este sentimiento religioso y les basta para la completa satisfacción de sus necesidades. La ciencia ha facilitado a éstos, según la bella expresión de Renan, un símbolo y una ley. Ellos han adoptado una actitud *verdaderamente* positiva, que conserva del antiguo racionalismo su fe inquebrantable en la razón humana, a la vez que recogen del indiscutible triunfo del método experimental el resultado incontestable de que la razón no es más que el esfuerzo constante del espíritu para adaptarse a la experiencia y conocerla cada vez más a fondo, la penetración recíproca de la realidad objetiva y del pensamiento subjetivo.

Yo creo que de este último lado es donde está el porvenir de la filosofía, porque de este lado es donde está la verdad. Como todas las profecías, ésta se reduce a un acto de fe. El porvenir será el

que diga si está justificada. Y como es un acto de fe, yo encuentro legítimos todos los demás actos de fe a condición de que los que los hagan procedan lo mismo respecto a mí. Incluso estimo que es una fortuna que una corriente de ideas encuentre frente a sí corrientes de ideas opuestas; por la crítica de los adversarios es como aquélla se afina se desarrolla, se enmienda y se precisa.

La actitud filosófica que ha sido bosquejada en el curso de estos breves estudios, podría llamarse positivismo racionalista, positivismo absoluto o científismo. Para evitar todo equívoco, quizás fuera preferible llamarla experimentalismo, lo que indicaría a la vez que se apoya por entero en la experiencia—pero, al contrario que el antiguo empirismo, en la experiencia controlada, fruto de la experimentación científica—y que en su realismo absoluto y en su monismo experimental, se niega a remontarse más allá de la experiencia.

La experiencia es en un principio e inmediatamente el conjunto de nuestras sensaciones, lo que llamamos los fenómenos. Pero empieza a analizarse por sí sola en cuanto se aplican a ella la atención y la reflexión, porque este conjunto de sensaciones no es sino una visión grosera y muy superficial del dato. Casi inmediatamente se desentrañan en él y bajo él algunas de las relaciones que implica y que constituyen su verdadero fondo. A proseguir progresivamente este análisis que penetra más profundamente cada vez en la naturaleza del dato, es a lo que se consagra la ciencia. Si se quiere representar el dato inmediato por un punto habrá que figurarse, para tener una imagen

del dato real, que este punto no es sino la proyección de una recta que se prosigue tras él. Esta recta puede cortarse en varios segmentos, cada uno de los cuales comprenderá, sin que existan entre ellas tabiques estancos, las familias de relaciones de que depende el dato inmediato. Cada una de estas familias estará constituida, en virtud de una definición que se apoyará en las afinidades naturales que unen a estas relaciones entre sí. Estas serán las relaciones de número y de situación, las relaciones mecánicas, físicas, etc., y en fin, las relaciones psicológicas definidas por su dependencia del organismo a que se refiere el dato. Por tantos grupos como haya de estas relaciones, habrá otras tantas ciencias especiales.

La filosofía, por el contrario, trata de imaginarse la recta en toda su longitud y su continuidad. Pero, en su conjunto, la línea, lo mismo que el punto por el cual se proyecta—el dato inmediato—e igual que las relaciones que vienen a completarle a medida que se le analiza, son de la misma naturaleza.

Son éstos datos de la experiencia. Y su conjunto constituye una sola y misma experiencia: la experiencia humana. Es nuestra constitución psicológica y no la naturaleza de las cosas la que distingue el mundo de la percepción del universo de la ciencia y esta distinción es momentánea y contingente.

La experiencia no necesita, pues, explicación. Explicarla es enunciar tan sólo las relaciones que implica y que ofrece por sí sola a nuestro conocimiento si sabemos aceptar sus enseñanzas. Y la ciencia se encarga de ello. Pero, siendo toda la realidad, la experiencia no necesita ser justificada: es.